

Tomás Vargas Osorio

Escribe: ALFONSO HANSEN

Buscar —antes que valorar— a Tomás Vargas en la obra es la intención que me asecha. Encontramos allí una aglutinación de experiencias realizadas literariamente —más significativas que la intuición— y nos sirven de temática para concretarlo y admirar su figura por encima de la biografía.

Conozco algunas versiones acerca de su vida, por las cuales amigos de época intentan mostrarlo en su particular manera de apreciar. Mucho les queda de la espesa agonía, de la dolencia, del enigmático presente cernido en el alma del escritor, a tal punto de permitirles transportarlo a una especie de penumbra. Destruyen en brotes de sentimentalismo lo bueno de la cosecha y luego exprimen el fruto hasta llegar a la esencia de la sencillez. Siempre dicen: fue un alma recogida con ingratitud por un cuerpo. En el fondo quieren —como si se tratase de esto— justificar la fundamentación de su realidad intelectual. Pretenden hacer del sufrimiento un ritual necesario, la *mise en scene* de un lenguaje cada día más bello, más capital, menos comprometido con el azar. En tal proceso nos queda apenas la sombra, que aparece cuando alguien asediado por la nostalgia, nos tritura con anécdotas.

Estoy seguro de haberlo frecuentado en su tiempo y es por lo cual que me muevo ahora para exhumarlo en sus palabras, siempre fugaces, irreductibles como equivalencias a los conceptos simplísimos de libertad o destino. En Vargas Osorio no se nos permite la aventura de los motes, de los agregados, de las definiciones gratuitas y de mal gusto. Cuando extraña y patéticamente lo veo en el horizonte de la frase de Nietzsche, “el valor del hombre se mide por la cantidad de soledad que pueda contener”, pienso de inmediato: no fue Tomás un mero poseído en la reconditez del miedo existencial. Su existencia fue como una carga a las espaldas, malévolamente desproporcionada a su bondad, inexplicablemente contrahecha si se

* Nació en Oiba (Santander) el 23 de octubre de 1908 y murió en Bucaramanga el 21 de diciembre de 1941. Director del Suplemento Literario de *El Tiempo*. Colaboró en *Vanguardia Liberal* y *El Espectador*. Poeta, novelista, cuentista, dejó las siguientes obras: *Vidas menores*, *Vértigo*, *Casa de reposo*, *Biografía imaginaria*, *Tierra*, *Huella en el barro*, *La familia de la angustia*, *Vida de Eugenio Morantes*, *Cuentos santandereanos*, *Regreso de la muerte*, *Un hombre sueña*. Escribió también ensayo.

mira el compromiso que verificó con el hombre, y sin excluír por ello una concepción objetiva de su activo universo social. Antes que inmerso en la impaciencia común, en su interior ha crecido un desierto y hecho de su alma un duro filón.

Le dañaba la resolana, la humedad, esa aborigen palidez de una tierra, de unos hombres turbios, de unas calles acomodadas en la desidia de la historia, en fin, de un pueblo que sumía con el aspaviento la hipocresía y la malicia. Lo que repudiaba en el escepticismo era la pequeñez mental de unos seres en corrillo, cuya única importancia radica en el tesón por la nicotina y el gusto por las viandas apetitosas.

Para comenzar me parece sustraído de cualquiera empresa cultural asimilativa. Desdeñó la compañía de los guerrilleros espirituales, porque supo a través de la jornada que al escritor lo recela la insolencia social; que nace indagador, simbólico, irónico; que su lugar no es el arsenal de plaza sino la reserva discreta que lo acoge; y que si sale al público es vitoreado o denigrado con brutalidad. El egoísmo natural y valeroso se enfrenta a la superficialidad, huye de la ordinariéz masiva, se replega para mejor inferirse y no proyecta el hálito en la medianía. Conoce bien el hechizo de los escritores de neón, de los parleros y las vulpejas de revistas. Fino, abatido, en los resquicios del alma se abriga la mística del derrotado que sabe y acepta con entereza la condena.

No quiso poseerse de un papel y aparecer como el actor de un drama indefinido, exótico, caricatura de sí mismo. Aceptó la servidumbre de Dios y encarnó la eufonía en medio de la gentuza. Su lectura deja la impresión, paulatinamente, de estar forjando un mundo de parquedad que le obsesionaba, no porque síquicamente padeciera de fijaciones, sino porque hasta donde alcanzaba su experiencia los objetos eran muy escasos, obedientes además a movimiento prosaico, amortiguados, sin alegría ni tristeza irradiables.

Podría establecerse como indicio la timidez pero resulta una excusa mordaz consigo mismo, cuya tarea fue penetrar en lo que oficiosamente se dio. Las cosas se fraguan en los sentidos, intrusamente se le hacen ficciones con una medra de razón y fermentan sobre las cuartillas pareciendo ausentarse y quedando Tomás como un fantasma que mide las dimensiones. Sus signos son esquirlas trasegadas en el aniquilamiento a que sometió bajo nódulos de metamorfosis pasionales las oleadas de vacío espiritual. Difícilmente suscitaba divagaciones que lo agitan sin concluír en algo real.

En su obra no hay un firme sentido de la aventura que prodiga decisiones en el hombre. El hombre se consustancializa con el mundo que abarca, se remeda en los elementos al punto de incapacitarse y de disolver en ellos el carácter ético de la imposición. Toda la trama literaria es factible de clasificar como relato, de definirla como una colección de retratos en donde el movimiento humano depende de la descripción y en donde esta tiene mucho más de su alma que de la feracidad externa.

Los personajes ocupan el tablado con pasmosa rapidez. No deja tiempo a la imaginación. En cada uno de ellos está su espectro, bregando a

convertirse en otra persona, intentando una mezcla a fin de parecerlo. Nunca lo logra. Es una tragedia que quiere vestirse. En cada uno de aquellos tipos literarios las actitudes sentimentales lo tracionan. Se aprovecha del momento, todo emerge de la tierra, los caracteres salen de la tierra todavía olorosos, barnizados de viento y cenizas, relacionados entre sí, tensamente y en arrebatos que no pronostican un mínimo de independencia. Están atados al centro de aniquilación, padecen de la muerte señalada, nacen con la sentencia en el rostro y terminan en esa obsesión de la fatalidad que apesadumbraba a Tomás. El efecto final es el de haber abordado deseos que no se colman, ideales que no se cumplen, ansias que desvían la poquísima seguridad íntima.

Le vemos añorar en secreto este nacimiento de fantasías, “serenando sus pensamientos y agitando su sangre que por las noches parecía cuajarse en las arterias”. Le vemos “huír de la sombra que le arrebatava de su compañía, huír en la noche, pero, ¿hacia dónde?, ¿hacia dónde?”.

Rígido y esquivo camina con el pensamiento puesto en el aleteo de los pájaros sobre las selvas vecinas, en el río manso y los puntitos azules que se pierden, en los pliegues fugaces más abajo de las caderas firmes y jóvenes, en imágenes difusas que cruzan perspectivas sin límites, en metas de las que se parte nuevamente, en hierba y zumo, en ciruelos, en bogas de cuerpos brillantes que rompen bajo la luna la calma de los riachuelos. Todo su ímpetu termina en este anonadamiento físico, evaporándose sin fuerzas en una naturaleza usurpadora. Su frase lleva la pura exigencia de atar algo, de enredar en su estilo la estela de unas vidas unidimensionales, reunidas para integrar la suya.

Se siente Tomás un hombre deshecho, nacido ya viejo, como el Saschka de Andreiev, sin infancia luminosa, con desenfado y sin algún sentimiento particular de paz.

Obedece su profusión literaria al empeño de mostrar en sus obras a alguien que oculta su suerte y con cierto sigilo va esfumando la sospecha que teme al mundo. Por esa misma razón se traiciona. Tanto quiere borrar y la mancha es peor. Unos hombres imprecisos, seres de vacilaciones, sin vida propia, pues están manifestando a la de su creador. Se reúnen en la manipulación, alterándose unos a otros, dándose como rudimentos contradictorios: precipitaciones de angustia, naturaleza hostil, libertad de lenguaje y medio social inasequible.

En sus páginas avizora, muestra por encima, sorprendido y persuadido de que todo es bello. La belleza no se logra a través de un orden estético: lo bello lo toma de la cortedad de su tiempo, como un beneficio apreciable de la voluntad de Dios. No procede nunca en forma trascendente, activa. Parece inmóvil, soportándose, recibiendo el efluvio de las cosas abiertas. “No hay como estar uno de acuerdo con el paisaje. Como sentir que todos nuestros sentidos encuentran acomodo, estabilidad y armonía entre las cosas del contorno. Este color es exactamente el que yo buscaba. Esta forma es la que yo esperaba hallar”. Sobresalta en *improntus* a lo largo de la indecisión. Estar o no estar no tiene remedio, no le ocasiona de por sí actos especiales de conciencia; ese paisaje se extingue

a través de una lágrima, como originado en la ficción. En los objetos cosecha impresiones que no matiza ni marca, sino que las envuelve en su nostalgia y las colorea de gris.

A veces habla del gemido extasiado de la sirena de los trenes, abriéndose en la bruma nocturna, requiriendo la meta con la febril lucecilla. Este tren se asemeja al inquieto espíritu de Tomás, dispuesto al final, en donde le espera una estación tempranamente silenciada por una orden fúnebre. Su viaje termina en el crepúsculo “apenas perceptible, que se iba extinguiendo bajo duros golpes de sombra que le arrancaban chispitas de oro, tímidas burbujas que se apagaban entre las grandes nubes azafra-nadas”.

La vida escuetamente no tiene un valor real. No puede entenderla. La conciencia de estar enfermo trunca la ilusión de eternidad, le hace reflexionar sobre la muerte hasta establecerle la creencia de un trance existencial rutinario, agotado en sucesos triviales. Convierte sus manifestaciones en ironías y se burla de las almas que se hacen a un lado de aquella. Es como aquel personaje de la novela de Tolstoi: adquiere una postura franca ante la muerte y un funesto desprecio ante la vida. Asimismo podría colegirse en la metáfora: “No hay nada más que aquella hoja tambaleando en medio de tanto azul. La yerba cede, voluptuosa y suave, bajo las espaldas. Hay que entornar los ojos y quedarse inmóvil, para sentir cómo todos los ruidos se van entrelazando, mezclando los unos con los otros hasta formar uno solo, lejano y sin bordes, como el rumor distante del mar”.

La misantropía en cierto modo le salva, pues le da la sensación de un peculiar sentido del tiempo. El tiempo es como un ser que nace y se concreta. Es él quien revela lo real, da movimiento, produce dirección. Siempre su literatura reúne situaciones inexplicables que toman un norte lógico, sabido, establecido. Hace de la sencilla aparición de los fenómenos una ceremonia de la vista. “Los ojos también inmóviles, pero dándole vuelco a todas las cosas para poder imaginarse el mundo distinto”. Aparece todo porque se le mira y su duración es la de la mirada.

Sí, el universo tiene en él la edad de la percepción del hombre, dispersa y extraviada al infinito de la angustia.

Su libertad es cruel: es dueño de un cuerpo desahuciado. Este que ha amado la vida tan “irracionalmente”, para quien todo es igual y puede reducirlo a mero espacio, para quien desde niño le zumban como abejas las distancias, las cumbres y los abismos, este Tomás que no diferencia sino en las incitaciones, busca a toda hora, loca y terriblemente, apariencias que lo refieran a él como el único ser concreto, normal, equivalente a todas ellas. Dice con Natanahel de Gide: *J'espère, —après avoir— exprimé sur cette terre tout ce qui attendait en moi, —satisfait—, mourir complètement désespéré.*

Su comprensión de los seres humanos linda entre real y sentimental. Una estación oscilante de amor y desdén. Se recrea moravianamente en el hastío y en la obscuridad. Hace padecer a los personajes sus dolores y sus pesadillas. Sabe cuándo la muerte está cerca y se pregunta: “¿Qué

será de mí?”. Los objetos se desvanecen como formando una rueda inmensa, ante la cual solo quiere perderse, “echar a correr hasta perderse en el horizonte, más allá de las canteras”; correr, “huír, hundirse en un pozo ancho y profundo, que le envolviera el cuerpo, le inundara la garganta y le humedeciera los párpados”; ir al fondo “ligeramente”; al fondo “de juncos blandos, de pedrezuelas brillantes, de musgos suaves, de peces azules, verdes, amarillos, rosados”. La profesión suya es la de llevar la muerte a los demás, convivirla y, paradójicamente, compartir la vida de estos en tal forma que advirtiese la demora. En la entrega es frívolo; en la espera candente, con la voracidad propia de la imaginación infantil.

Esta obra es una verdadera sublimación. “La vida, como un rito esencial y abscóndito, se le utilizaba demasiado, escapándose por el sueño hacia un mundo de rumores y de imágenes imprecisos, levemente, semejantes a los del cosmos externo, pero diferentes porque constituían otro color y otra melodía”.

Si se lee de corrido es un diario íntimo y misterioso. A Tomás no le importaba que los hombres dijeran: esto es absurdo. Le convenía era desahogarse, dar más de sí antes que se hiciese tarde. Siempre un pretérito auscultador o un presente que le asalta. Transita sofocado en pretextos. Le arremete la objetividad, le oprime la densidad ambiental, la plenitud y el desbordamiento no le dejan lugar para vaciarse. Su corazón late y el sonido le ensordece hasta hacerse obsesivo. Si teme, no le importa al mezclar su desgracia desfigurar las hábitos de las personas que conoce y transcribe. Repite con Stendhal: “Yo no hago otra cosa que sentir”. Deambula en un universo atacado de enanismo. Las curiosidades subjetivas, retraídas de la luz, cuando afloran se poseen del enceguecimiento momentáneo. Salen de un socavón a una pradera sin fronteras. Hay un desafío del tiempo y el espacio abiertos. Cada párrafo es un compendio de explicaciones suyas: “Algunas punciones sobre la piel para ver lo que hay más allá de ella y exhibir la pulpa fresca y nueva de alguna verdad que por largo tiempo se ha escapado”.

Se puede decir en pocas palabras que Tomás fue su propia víctima. Nadie estaba en aptitud de aceptarlo así. Aún hoy su memoria, guarnecida de muchos asaltos, repite la frase de Kierkegaard: “Tan poco me comprenden las gentes, que ni siquiera comprenden mis lamentos por no ser comprendido”.